

EL PODER

A Eusebio no le importa quién va a tener el poder en México, tampoco en Estados Unidos o el que confiere una guerra o el dinero. Está conciente que el ser humano se ha movilizado en la historia sobre todo buscando el poder. Recordó a seres que han tenido éste: Stalin, Castro, Franco, Mao. De México recordó a Don Porfirio y a Díaz Ordaz. Gente poderosa siempre ha existido, se dijo a sí mismo, pero lo que es que yo...

-¿Te estás concentrando?

- Espérame vieja.

- ¿Cuánto tiempo más?

- El que sea necesario. Esto no es enchírame otras.

- Si fuera la primera vez. Lo haces muy de cuando en cuando y ahora sales con que no puedes.

- Claro que puedo.

- Demuéstralo.

- No dejas que me inspire.

- Ni que fueras poeta.

- Lo que pasa es que estoy algo cansado.

- ¿De ver la tele? Toda la tarde estuviste echado viendo el fútbol y quién sabe que otras cosas.

- Hoy es sábado, no voy a mi chamba.

- Por eso mismo, no puedes estar cansado de nada. Tampoco entre semana, pero al menos tienes el pretexto de ir a una oficina a dormir y a comer tortas, que eso es lo único que sabes hacer.

- Estoy cansado porque me puse a arreglar el garaje, barrí de hojas el jardín y la calle, fui al mercado a comprar tu fruta.

-¡Cuántas cosas! Pobrecito. Y ahora el hombre está agotado y no puede satisfacer a su mujer a la que le prometió darle su amor. ¿No será que andas con otra vieja? Claro. Ahí sí te cansas y después nanay con tu esposa.

- Cómo crees.

- Si tuvieras setenta años, o sesenta. Pero todavía no cumples los cincuenta.

- Los cumplo en un mes.

- Te casaste con una mujer diez años menor que tú y tu obligación es satisfacerla. Te hubieras casado con alguna vieja que no te exigiera nada. Yo soy joven y tengo necesidades. ¿No te da miedo que te ponga los cuernos? Por supuesto que te los mereces. Si no fuera yo tan decente...

- No me sigas reclamando que menos voy a poder.

- Por supuesto que no vas a poder, ya no pudiste. Esa es la verdad. Me voy abajo a ver la tele que es mucho más emocionante que tú.

- Espérame, ya sentí algo.

- Comezón es lo que has de sentir. Hoy ni siquiera te has bañado... ¡Puerco! Otra cosa, voy a dormir con mi hija.

Eusebio, furioso y al mismo tiempo apenado pues su mujer sí le gusta, sí la ama, sí la desea, termina por echarle la culpa a su pene.

¡Pendejo! Ya me hiciste quedar mal otra vez con mi vieja. ¿Qué te traes? Mírate, todo agachado, escondido. Debería darte vergüenza. ¿No que tan girito, tan vigoroso, tan creído? ¿No siempre andabas presumiendo de tu tamaño, de tu fuerza? Repito que te mires. El de cualquier niño es mayor que tú. Y no te sigas escondiendo pues vas a desaparecer. ¿O acaso estás enfermo? ¿Quieres tus vitaminas, tus cremitas? Tú pide que yo te doy, siempre te he dado y te he cuidado. Ya ves, tú queriéndote ir con cualquiera y yo evitándolo para que no te enfermes. ¿Alguna vez me he puesto en contra tuya? Dímelo. Ni cuando me has despertado en la madrugada con ansias de ataque, ni cuando me he tenido que ocultar en reuniones porque a ti te dio la gana de manifestarte sólo porque yo bailé con alguna nalgona o porque simplemente la vi. ¿O acaso estás enojado porque uso condones? Ya sé que no te gustan pero es para evitar muchas cosas, sobre todo que te lastimen. Es por tu bien. Créemelo. No me vayas a salir con el pretexto de que ya estás viejo. Viejos los mares y siguen haciendo olas. Tú no tienes más que cincuenta años. Y si tomamos en cuenta el tiempo en que no te necesité cuando era yo niño y los grandes descansos que te doy, resulta que has trabajado muy poco en la vida, muchísimo menos que yo, que ya es decir. Y conste que no quiero hacer cuentas. Diez o quince minutos, cuando mucho a la semana. Cuando yo era joven trabajabas un poco más, lo reconozco, pero ahora... Sesenta minutos al mes. ¿Es mucho para ti? Lo que pasa es que eres un desagradecido, un desgraciado al que le encanta que yo quede mal con mi mujer. ¿Definitivamente ya no piensas trabajar nunca? Lo pregunto pues de ser así iré a que te corten, a que te separen de mí. Total, para mear, que es lo único que

haces, con una sonda basta y sobra. Así que tú decides. O te comportas como debes o desapareces del mapa. ¡He dicho!

¡No, no te hagas más pequeño, son mentiras mías! Cómo crees que te voy a cortar. No, eso nunca. Yo te quiero, siempre te he querido. Ya ves cómo me gusta acariciarte. Pero ahora ni eso te interesa.

Mira, vámonos entendiendo. Tú reacciona cuando te lo solicite y yo prometo cuidarte, apapacharte, presumirte y todo lo que quieras. No seas malito. Porfa...Te lo suplico.

Teresa, su mujer, regresó al cuarto por su libro para leer. Él violentamente la echó a la cama. Disfrutaron el amor como en la época de recién casados. Ella se quedó a dormir junto a él.

Eusebio no logró conciliar el sueño pensando que otros argumentos podría usar el siguiente sábado para que su pene se decidiera a trabajar. A la mejor lo convencía diciéndole que hay unas pastillas milagrosas que lo van a ayudar. Al fin, ahora sí agotado, puedo quedarse dormido en la madrugada.

Tomás Urtusástegui

Noviembre 2006-12-12